

EL LATÍN EN LA ENSEÑANZA¹

Provecho general para la cultura

Al tiempo de reanudarse las clases, y rompiendo por esta vez mi constante inhibición de emigrado en los comentarios de la vida oficial argentina, quiero aplaudir a la reforma que generaliza e impone en el plan de estudios el del latín. Mi humilde elogio no es recusable, ya que no soy profesor, y ni siquiera mi edad y mis circunstancias me permiten acudir a esas clases como lo único que podría ser: un alumno aplicado, entusiasta y, si en estos asuntos cupiere, fanático en la admiración hacia aquella lengua inmortal, aunque la llamemos muerta. No se trata de un homenaje tardío y romántico que la cultura agradecida tribute al latín, y así de un servicio positivo directo y grande que éste prestara a aquélla en todas sus formas o manifestaciones. Al fin es el idioma que ha mantenido durante siglos el esplendor de la civilización y sobre toda la universalidad solidaria de la misma. Nos equivocáramos creyendo que tal eficacia ha quedado limitada al orden religioso, al jurídico y al literario. Olvidaríamos con ello que no se ha extinguido, cual veleidad caprichosa de Linneo, la nomenclatura de las ciencias naturales, y que en ellas están basadas otras profesiones muy apartadas de las letras, con la sola excepción de algunas especialidades, aunque no todas ni mucho menos, de la ingeniería, para las cuales pueden bastar los estudios de las matemáticas y los de física y química.

Además, aun en las zonas más prácticas y distantes de la literatura, se siente la necesidad de los estudios clásicos, representados tan simbólicamente por el latín, así como se notan pronto los daños cuando se suprimen aquéllos. Hace tiempo surgió en Francia, desde el ambiente industrial y mercantil, la expresión de alarma ante el descenso de nivel, aptitud y eficacia que el modernismo anticlásico producía en las facultades de los estudiantes, para iniciativas personales, dotes de organizadores y acierto en la propaganda, forma y presentación de los proyectos. Esa remota influencia pudiera ser explicada por la circunstancia de que a un lado el latín con sus flexiones y sintaxis, y al otro las matemáticas obligando a discurrir, son sin duda las disciplinas de segunda enseñanza que, aparte su propio contenido, enseñan y adiestran más en general, como impulsos y ejercicios de agilidad mental.

Naturalmente, nadie va a pretender que en estos tiempos se persiga, como en los de Luis Vives, por ejemplo, la ilusión renacentista, ingenua y pedante, de generalizar el uso del latín para las conversaciones diarias, desde el momento de despertar y levantarse para pedir el desayuno a la criada o mucama. Si alguien lo intentare - y seguramente ocurriría lo propio en la época de Vives- le saldrían la moza respondona y el desayuno indigesto, siendo preferible permanecer en la cama, conforme a la expresión castiza "más le valiera estar duermes". No intentaremos hacer de cada muchacha estudiantil otra Beatriz Galindo, porque el intento generalizado descendió ya en el Siglo de Oro desde la cumbre que ocupó "La Latina" a las caricaturas, que trazaron Lope en "La Niña Boba" y Quevedo en "La Cultra Latiniparla". No es necesario tampoco que todo el mundo estudie directamente latín, para que se difunda y a todos llegue el general provecho. Bastará haber llevado a esa mejora a la base de las distintas profesiones; y no hará falta que estudien latín los maestros de enseñanza primaria, bastando con que lo sepan los profesores que forman a aquellos que van a educar en el país entero a todas las nuevas generaciones. El progreso logrado arriba llegará indirecta, pero seguramente, abajo. En el lenguaje, más quizás que en nada, los aciertos como los errores rara vez suben y siempre bajan. Si alguien lo duda, observe que los defectos más graves y usuales provienen de las malas traducciones; y ni los analfabetos, ni siquiera los que confiesan sinceros su ignorancia, suelen dedicarse a la tarea de traductores.

Mejor aprecio y mayor dominio del idioma propio

En cualquier país favorece notablemente a la cultura el estudio del latín por alejada que de éste se encuentre la lengua nacional respectiva; y buena constante prueba de ello ha sido la preocupación sentida y satisfecha tanto en Inglaterra como en Alemania. Pero cuando se trata de nosotros no es tan sólo que la lengua materna, cual ha de ocurrir siempre en cualquier parte, sirva de instrumento y vehículo para aprender el latín, sino que además éste explica y hace apreciar el idioma castellano, en lo todavía coincidente, en lo aun parecido y hasta en lo ya notablemente diferenciado. Por eso tal vez la denominación más acertada entre las varias que ha solido llevar la asignatura o materia fue la de "Latín y Castellano", porque el estudio comparativo nos sirve para mejor comprensión y uso del idioma propio.

¹ Alcalá-Zamora, N. "El latín en la enseñanza", en Niceto Alcalá-Zamora. *Obra completa, Artículos publicados en la revista "Leoplán" de Buenos Aires*, Patronato 'Niceto Alcalá-Zamora y Torres', Priego de Córdoba, 2003.

Comprobamos estudiando latín que nuestra conjugación, como en general en las otras lenguas de aquél derivadas, aminoró inevitablemente la riqueza, por la atrofia de la voz pasiva y la formación de tiempos compuestos en la activa; pero observamos también, mediante fácil comparación entre las lenguas vivas, que todavía hemos mantenido y gozamos magnífica herencia de la conjugación latina, incluso superada en los tiempos del subjuntivo, lo cual da esplendor al habla y a la literatura.

Hemos perdido en rigor, como en las otras lenguas humanas, la verdadera declinación latina, conservada con pobreza para los pronombres, donde aquélla fue ya de lo menos espléndido que dentro de la clásica hubo. Pero, con todo, aún nos explican mucho y aún lo aclaran todo las desinencias o terminaciones de los verdaderos casos latinos. Nuestra llamada declinación mediante preposiciones resulta sutil, teórica, borrosa y olvidadiza, como en las lenguas hermanas, mientras que las formas latinas, diferenciadas de modo gráfico, sonoro y aun tangible, sirven para iluminar sus equivalencias contemporáneas, evitando que las confundamos, como suele ocurrir, sobre todo cuando una misma preposición sirve de dos casos distintos. El latín diferencia claramente el dativo del acusativo, y con ello el complemento indirecto del directo, evitando las dudas posibles por el empleo común de la preposición ‘a’. Más frecuente y expuesta a dislates resulta la confusión entre el genitivo y ablativo por servirlos indistintamente la preposición ‘de’. Esa otra confusión conduce por ejemplo a la desatinada aplicación de posesivos a los adverbios de lugar o situación, al decir "delante, encima mío; debajo, detrás tuyo", en vez de "encima, delante de mí; detrás, debajo de ti". Claro está que, para comprender la magnitud y evidencia del indiscutible error bastan observaciones sencillas, puesto que en un relato de navegación decimos "cerca o lejos de tierra" y no "cerca o lejos terrestre"; y al fijar en un campeonato internacional la situación de un país en el respectivo deporte leemos "detrás de Inglaterra", "delante de Suecia", y no "detrás inglés", "delante sueco". Con todo, el estudio gramatical bien hecho es el que muestra y disipa el desatino.

Debemos conservar como inestimable tesoro la libertad de construcción, que hemos heredado del latín, y que en signo de pueblo ágil y artista hasta en sus masas incultas, capacitado para usar la libertad sin más guía que el acierto de la inspiración, no otro freno que la intuición del buen gusto opuesta a la violencia de arbitrarios descoyuntamientos. De todas maneras la enseñanza comparativa del latín sirve para mostrar hasta dónde podemos llegar aún nosotros en el amplísimo hipérbaton característico de aquél, y dónde hemos de paramos, a fin de evitar los despeñaderos, de que se vieron alejados los franceses por su construcción directa, pero donde cayeron los españoles más eminentes alentados por la proximidad incomparablemente mayor de nuestra sintaxis respecto de aquella que forjaron los latinos. Libres ya de las exageraciones renacentistas, evitaremos violencias de las que no se libraron ni Cervantes en "El Quijote", ni Lope, aunque de ellas se burlara en "La Gatomaquia", y que sobre todo llevaron al genial y tan discutido Góngora a hundirse, desde la cima de su claridad inicial y natural recobrada siempre cuando quiso, en las simas tortuosas y oscuras de su desaforado albedrío sintáctico.

Más alta y justa estima de nuestra civilización

El estudio del latín nos hace apreciar que nuestra cultura, juntamente con la de Italia, forma la pareja de civilizaciones, que sin ser las más viejas resultan las más antiguas entre las subsistentes sin eclipse, y las más perennes entre las añejas. Vemos que en las constelaciones de la literatura latina formaron pléyade insigne los españoles, con esplendor y relieve tales, que de no haber pertenecido a otros países, aún atronarían éstos al mundo, echando las campanas a vuelo para tocar a gloria. Algunas veces he dicho yo a los argentinos, que siendo latinos por herencia materna directa, o sea española, lo son en forma especial, pudiendo permitirse el lujo de decir a quienes les brinden el obsequio de latinidad que Séneca y Lucano pueden pasar por argentinos como nacidos en Córdoba, y que aún cabe cerrar a un triunvirato con Quintiliano, que vino al mundo en la Rioja. Broma parece por tratarse de la Córdoba y la Rioja de España; pero casi en serio puede tornarse, porque, como recordaba Bello, en literatura los españoles de los siglos anteriores a la emancipación americana son ascendientes comunes y patrimonio de gloria indivisible para los que hablamos el mismo idioma allá o acá.

El Latín mostrará más claro el derecho de todos nosotros a ser sus herederos (de verdadera primogenitura en parto gemelo con los italianos) sin necesidad de extraño e interesado regalo. Así aumentará sin vanidades de orgullo la tasación de nuestra propia estima. A poco de llegar a América, en uno de los primeros libros por mí aquí publicados: 'Nuevas Reflexiones sobre las Leyes de Indias', comenté el contraste lamentable entre el descuido y aun desdén respecto de la lengua latina y el uso prodigado de la denominación en que tal objetivo sella la América de habla hispana y portuguesa; y decía en sustancia: menos América latina y más latín. Por el estudio generalizado de éste se empieza, y es buen comienzo.